

ALEKSANDR SOLZHENITSYN

El
bibliotecario
entre
rejas



La vida del Premio Nobel ruso de 1970 estuvo marcada por la experiencia carcelaria, y su obra literaria no tiene espacio para otra realidad que la de las torturas, los cambios de prisión, las delaciones, las humillaciones, las condiciones infrahumanas, la perversidad de Stalin y otros dirigentes soviéticos...

Su vida antes del confinamiento fue plácida: hijo de un terrateniente, estudió matemáticas y física. Licenciado en 1941, comenzó a trabajar en el ejército ruso hasta el final de la guerra, primero en el cuerpo de transportes y más adelante en el de artillería. Pero en febrero de 1945, justo cuando el gran conflicto mundial estaba a punto de terminar, muy poco antes de la ofensiva soviética sobre Berlín, fue detenido en el frente de Prusia Oriental. Por entonces ya era capitán, y debía transmitir a sus soldados las consignas dictadas por Stalin, que incluían todas las aberraciones que un ser humano puede cometer, contra población militar y población civil. Con ello, el máximo líder del proyecto soviético quería asegurar el éxito sobre el ejército nazi, aunque para ello hubiera violaciones, torturas de presos, muertes gratuitas, saqueos, exterminaciones, etc.

Militar, pero sensible a la dignidad humana, Aleksandr recibió con horror esas noticias y se distanció de muchos de los aspectos concretos que debía inculcar en sus súbditos. Al mismo tiempo, comenzó un epistolario con su amigo Nikolai Vitkevich, también militar, que se encontraba en el frente de Ucrania. Tanto en las cartas a su colega como en las que enviaba a su mujer, además de la esperanza en que la guerra acabara cuanto antes, habían aflorado ya las ideas sobre la necesidad de dedicarse a la literatura una vez libre de conflictos armados, pero en las dirigidas a Nicolai había más enjundia: con frecuencia vertían los dos críticas severas al régimen de Stalin y a sus métodos de gobierno y conducción de la guerra, subrayando la violencia, la arbitrariedad y la ausencia de dignidad en el trato con el enemigo e incluso con los propios rusos. Lo que no imaginaba Aleksandr era que todas sus misivas estaban siendo leídas por mandos fieles a Stalin. Llevado ante el general de brigada Travkin, este le hizo saber que conocía el contenido exacto de su correspondencia con el otro traidor. Le quitaron su pistola y le arrancaron los galones del traje militar, y comenzó un largo periplo, de muchos años, donde pasó por numerosas cárceles y campos de concentración. Los primeros ocho años ejerció diversos trabajos, como minero, albañil, forjador, bibliotecario, y además sufrió un cáncer, del que fue operado.

En 1953, tras una etapa interminable de vejaciones, como la falta de higiene, el hacinamiento, el cambio constante de prisión, la exposición constante al frío, el calor, las amenazas contra su vida y la de su familia, los trabajos forzados y en condiciones miserables, etc., fue desterrado a perpetuidad. Enviado a Kok Terek, en tres años escribió obras en secreto, tal como había hecho durante los años de confinamiento, mientras era profesor en una escuela primaria. En 1956 fue rehabilitado, y pudo llevar una vida corriente en el centro de Rusia, dando clases y escribiendo con cierta libertad. Pero sus publicaciones eran demasiado críticas para aguantar la censura: en 1969 fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos y en

1970, cuando recibió el Premio Nobel, declinó ir a recogerlo a Estocolmo por miedo a no poder regresar. Sin embargo, la situación en su país era insostenible, y en 1975 tuvo que salir al exilio. Se instaló en los Estados Unidos con su familia y allí se dedicó únicamente a escribir. Volvió a la caída del bloque soviético, pero solo recuperó la ciudadanía en 1994. Los últimos años de su vida continuó siendo muy crítico con los planteamientos políticos de su país. En 2008, fecha su muerte, recibió, paradójicamente, numerosos elogios y homenajes, incluido el del presidente Putin, que lo consideró como uno de los pilares intelectuales de la historia rusa, a pesar de haber sido durante décadas un azote para el comunismo.

La vocación literaria de Solzhenitsyn se desarrolló con vehemencia y de modo contundente durante mucho tiempo. Sus obras son numerosas y largas. Solo *Archipiélago Gulag*, un compendio de la historia de Rusia, de la situación de los campos de concentración, de su propia experiencia carcelaria y de la historia de los intelectuales perseguidos, tiene más de dos mil páginas, repartidas en tres tomos. Precisamente, enfrascado en la redacción de la magna obra, decidió no asistir a la ceremonia del Nobel porque, aparte del peligro que supo-

Si los bibliotecarios de la prisión veían marcas, aunque no fueran ciertas, podían emitir sanciones hasta de tres meses sin derecho a retirar libros, e incluso castigos más fuertes, como reclusión en un calabozo cerrado y oscuro sin posibilidad de salir en varios meses.

nía salir del país, deseaba terminarla cuanto antes para comenzar otra obra. Sin embargo, su adolescencia y su historia académica tuvieron poco que ver con la literatura: estudió ciencias e ingresó en el ejército. Pero poco a poco se fue interesando cada vez más por los libros, la historia, la literatura, la filosofía, etc.

Fue, probablemente, un renacer de algo que estaba allí desde la infancia: su tía Irina le hablaba constantemente del mundo del arte y de la literatura, y llevaba con frecuencia a su sobrino a la magnífica biblioteca que tenía en su casa. Aleksandr adquirió en aquella biblioteca el hábito de la lectura compulsiva. Ella le acercó a Pushkin, a Gogol, a Tolstoi, a Dostoievski, a Turgueniev. A los diez años ya había devorado, por ejemplo, *Guerra y paz*. Tolstoi fue el ejemplo que tomó para imitar, aunque más tarde su formación fue científica. La biblioteca de Irina no se limitaba a la literatura rusa. En ella, el futuro Nobel se entusiasmó con los ejemplares de Dickens, Shakes-

peare, Schiller o Jack London. Tal llegó a ser su devoción por este último que, cuando viajó por primera vez a los Estados Unidos, buscó con ansiedad la casa de London en California y se dirigió allí como en un peregrinaje casi místico.

Pero su contacto inicial con la literatura se truncó con los estudios científicos, el ejército y la gran guerra. Solo en los momentos de angustia y soledad, en el camastro de su celda, comienza a madurar su verdadera vocación a la literatura. Se interesa otra vez por los libros, los pide, visita las bibliotecas de las cárceles por las que pasa, lee sin descanso, trata de conseguir libros libres, es decir,

Aleksandr fue llevado a aquella institución penitenciaria dedicada a la investigación científica por sus antecedentes como matemático y físico, pero enseguida fue también utilizado como bibliotecario, gracias a su especial amor a los libros y su contacto íntimo con el mundo de la literatura.

libros que no estén permitidos por el estalinismo, y decide poner todo su empeño para dedicar su vida a contrar el oprobio de las cárceles y los campos de concentración. No todo son lamentaciones: de vez en cuando se encuentra en un lugar cómodo. Por ejemplo, cuenta en *Archipiélago Gulag* que, después de varios destinos inaguantables, lo llevaron a Lubianka, y en la celda tenía una mesa, con una tetera, un ajedrez y una pila de libros. El narrador exclama: “¡Qué vida más confortable! Ajedrez, libros, camas de muelles, buenos colchones y ropa limpia. No recordaba haber dormido tan bien en toda la guerra.” No solo se le permitía tener algunos libros en la celda, sino que era asiduo de la biblioteca de la cárcel. Hay un capítulo largo de *Archipiélago* donde describe sus andanzas. Comienza así:

La biblioteca era el ornato de la Lubianka. La bibliotecaria era repulsiva, eso sí. Era una moza rubia de complexión algo caballuna que hacía todo lo posible por estar fea: llevaba la cara tan empolvada que parecía el rostro sin vida de una muñeca (...). Pero lo asombroso es que cuando veníamos a retirar libros una vez cada diez días, ¡hacía caso de nuestros encargos! Los escuchaba con esa mecanicidad inhumana de la Lubianka y ello te impedía darte cuenta de si le sonaban o no los autores y los títulos. ¿Habría oído por lo menos nuestras palabras? Entonces se retiraba y pasábamos varias horas en una espera inquieta y alegre.²

¿Por qué tardaban tanto en darles los libros nuevos? Por-

que primero inspeccionaban los devueltos, buscando pinchazos o puntos bajo las letras, que era una manera de cartearse los presos. Si los bibliotecarios veían marcas, aunque no fueran ciertas, podían emitir sanciones hasta de tres meses sin derecho a retirar libros, e incluso castigos más fuertes, como reclusión en un calabozo cerrado y oscuro sin posibilidad de salir en varios meses. Por eso la espera era siempre inquietante. Luego llegaban los libros, y los presos sabían cómo iban a ser los diez días siguientes, ya que ellos no podían elegir los libros que les prestaban. Todo quedaba a discreción de los bibliotecarios. A veces les entregaban buena literatura, pero otras veces era pura porquería, y se dedicaban a charlar esa semana, en lugar de leer. Así, ellos intentaban ganarse a la caballuna y sugerirle que les trajera lo que a ellos les gustaba:

¡A veces la moza cumple nuestros encargos a las mil maravillas! Pero incluso cuando nos trae lo que a ella le parece, siempre se trata de libros interesantes, porque la de la Gran Lubianka es una biblioteca sin par. Probablemente la juntaron de bibliotecas particulares confiscadas a bibliófilos que ya habían entregado su alma a Dios. Pero era sobre todo singular porque después de décadas de censurar y castrar todas las bibliotecas del país, la Seguridad del Estado se había olvidado de revolver en casa propia, y aquí, en la mismísima madriguera, se podía leer a Zamiatin, a Pliniak, a Panteleimón Románov y cualquier tomo de las obras completas de Merezhkovski. Algunos decían en broma que como ya éramos hombres muertos, por qué no habrían de dejarnos leer libros prohibidos, pero a mí me parece que los bibliotecarios de la Lubianka no tenían ni idea de lo que estaban dándonos, por pura pereza e ignorancia.³

Evidentemente, ese no fue su caso, cuando comenzó a ser bibliotecario, en 1947, en el momento en que fue llevado a la *sharashka*. Después de dos años de pésimas condiciones, se libró de la dureza de los campos de concentración al ser recalificado como “prisionero en misión especial”,⁴ razón por la cual fue enviado a una institución penitenciaria dedicada a la investigación científica, o *sharashka*. Eran lugares muy diferentes a los que había padecido anteriormente, pues estaban equipados con laboratorios, bibliotecas especializadas y generales, aparatos sofisticados de investigación, talleres, fábricas, verdaderos complejos para que los presos cualificados fueran útiles al país. Aleksandr fue llevado allí por sus antecedentes como matemático y físico, pero enseguida fue también utilizado como bibliotecario, gracias a su especial amor a los libros y su contacto íntimo con el mundo de la literatura, del que ya eran conscientes los mandos de las prisiones por donde había pasado. Comenta el narrador que al comienzo de esa actividad, Trushliakov, un exteniente soviético que había sufrido tortura en Auschwitz, notable científico e impulsor de muchas inves-

tigaciones e inventos en aquella *sharashka*, le encargó un pedido de libros del servicio interbibliotecario, con la Biblioteca Lenin. Para Aleksandr, ese proyecto fue fascinante, porque valoraba los tesoros de aquella gran biblioteca, lo que le llevó incluso a conminar a su mujer, cuando él contrajo el cáncer, a que se acercase a la biblioteca para investigar todo lo referente a su enfermedad y las posibilidades que tenía de salir vivo de ella. El encargo del exteniente decía, sin dar cuenta de ediciones ni autores: “Algo sobre la técnica de los viajes interplanetarios”.⁵ Y comenta el bibliotecario, no sin cierta sorna: “Como sea que estábamos en 1947, la Biblioteca Lenin no pudo ofrecerle casi nada, como no fuera Julio Verne”.⁶ Y termina diciendo que los superiores llegaron a tomar a Trushliakov por loco, y lo alejaron del centro. Curiosamente, unos años más tarde, los rusos se adelantaron a los americanos en el primer viaje a la luna. Esa época fue tan interesante y relajada para Solzhenitsyn, que la refleja con fidelidad en ciertos pasajes de su novela *El primer círculo*, plagada de alusiones a escritores, libros, amigos lectores, bibliotecas y bibliotecarios. En muchas ocasiones, alguno de los protagonistas, debajo de cuya personalidad se encuentra el autor, reconoce, con estas mismas palabras, que es un “ratón de biblioteca”. El lugar donde fue llevado se llamaba Marfino, pero en la novela se convierte en “Marvino”. El capítulo X de la novela es fundamental para entender lo que el Nobel debió de sentir en aquel ambiente intelectual y en aquella biblioteca de la que fue director, porque lo titula “El castillo encantado”. Todo había cambiado a su alrededor. Vivía una existencia “más normal” y su acceso a los libros era totalmente libre, porque ya no tenía que pedirlos a una gorda embadurnada de maquillaje, sino que él mismo controlaba lo que entraba, salía, lo que podía leer y a las horas en que podía hacerlo. Nunca se había sentido más libre que entre aquellos estantes llenos de clásicos rusos y extranjeros. Cuando el narrador cuenta lo que el ingeniero jefe tenía ante sí en ese castillo encantado, asegura que sobre “el instituto de Marvino se había derramado el verdadero cuerno de la abundancia: surtido de piezas

radiotécnicas de importación y soviéticas, aparatos, muebles, una biblioteca técnica de treinta mil novedades, especialistas encarcelados traídos de los lager, los mejores operplenipotenciarios y archiveros, los mejores expertos en organización secreta”.⁷

Aleksandr llegó a conocer a la perfección el contenido de aquella biblioteca que dirigió, y su lectura se hizo por entonces más densa y feliz. En un diálogo de la novela. Adamson llega al círculo de amigos con un libro, *El Conde de Montecristo*, y Jorobrov “comprendió inmediatamente que un libro de ese estilo no existía en la biblioteca de la cárcel, que por tanto aquel libro venía *de fuera*, de donde nunca se hace llegar un libro si no vale algo”.⁸ En otro pasaje de la novela, el narrador dice que Rubin, personaje que encarna la figura de un amigo de Aleksandr en Marfino, fue nombrado bibliotecario porque él mismo lo pidió, pensando disponer de buenos libros, y le encomendaron cien volúmenes estropeados, como *Mumu*, de Turgueniev, las *Cartas de Stasov* o la *Historia de Roma*, de Mommsen, con el encargo de repartirlos entre los presos, prestados, para que circularan y los leyera todos. Pero los reclusos ya los habían leído o no querían utilizarlos, por lo que pedían al bibliotecario que consiguiera nuevas obras, haciendo valer su cargo entre las autoridades.⁹ Probablemente está hablando de sucesos que ocurrieron mientras él era el bibliotecario del lugar, aunque esconde su gestión en la figura de un colega.

La relación de Solzhenitsyn con las bibliotecas fue siempre un espacio de libertad, una vida distinta, ideal, que mitigó en gran manera el horror de su oprobio. Leyendo un libro, visitando una biblioteca o trabajando en ella, el confinamiento, la cárcel y la represión se le hicieron más llevaderos. Y gracias a todo lo que leyó, vivió y sufrió, su obra literaria se erige como una de las más fascinantes de todo el siglo XX. Quién sabe si es cierto aquello que aseguran muchos artistas, sobre la imposibilidad de crear obras artísticas geniales en estado de felicidad. Da la impresión, al leer las páginas de los textos más memorables del ruso, que solo los que sufren pueden elaborar discursos eminentes e inspirados. ▽

Notas

- 1 Solzhenitsyn, Aleksandr, *Archipiélago Gulag*, Barcelona, Tusquets, 2005, t.I, pág. 224.
- 2 Ibid. pág. 252.
- 3 Ibid. pág. 253.
- 4 Pearce, Joseph, *Solzhenitsyn, un alma en el exilio*, Madrid, Ciudadela Libros, 2007, pág. 134.
- 5 Solzhenitsyn, op. cit., t.II, pág. 513.
- 6 Ibid. pág. 513.
- 7 Solzhenitsyn, Aleksandr, *El primer círculo*, Barcelona, Bruguera, 1968, pág. 60.
- 8 Ibid. pág. 196.
- 9 Ibid. pág. 331.

Ficha técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

FOTOGRAFÍA: www.answers.com.

TÍTULO: Aleksandr Solzhenitsyn, el bibliotecario entre rejas.

RESUMEN: Se relata en este artículo la peripecia biográfica del escritor ruso Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008) y su relación con las bibliotecas. Perseguido durante toda su vida por su disidencia con el régimen comunista, las bibliotecas fueron siempre para él una manera de mitigar en cierto sentido el horror de su oprobio.

MATERIAS: Solzhenitsyn, Aleksandr / Autores Literarios / Bibliotecarios.